

24) Dos trampas contra la fecundidad del amor

Existen dos trampas contra la fecundidad del amor que Dios quiere darnos incluso a través del sufrimiento, dos trampas que no faltan en nuestras comunidades y en cada uno de nosotros. Una es sobre todo una trampa para la vida comunitaria, la otra es más bien una trampa contra la vida de oración, contra la dimensión mística de nuestra vocación. La primera es la trampa de la tiranía, la segunda la de la pereza.

En la Regla, san Benito habla por dos veces del peligro de la tiranía. En el hermoso capítulo 27 sobre la solicitud con los hermanos excomulgados, recuerda al abad que “ha recibido el cuidado de almas enfermas y no la tiranía sobre las almas sanas” (RB 27,6). Y a propósito del Prior, hace esta observación, que por otra parte vale para todos los cargos: “Hay algunos que inflados del espíritu de soberbia, creyéndose segundos abades, se atribuyen una autoridad tiránica y alimentan escándalos, provocando discordias en la comunidad” (RB 65,2).

La tiranía nos atrapa a todos. Surge cuando nuestra propia voluntad, nuestro proyecto personal, nuestros gustos y sentimientos, y hasta nuestros talentos, carismas y virtudes, llegan a influirnos, e influir a los demás, más que la humilde obediencia a la comunión filial y fraterna en la que vive y reina nuestro único Señor y Rey, Jesucristo.

La Regla invita al abad y al prior a no caer en la tiranía, pero también a no permitir a los hermanos, a ningún hermano, hacerse esclavo de ella, ser dominado interiormente por la misma. No hay peor esclavitud que la que somete nuestro corazón a la tiranía que se desea ejercer. Y sabemos que todo tirano se disfraza siempre de bienhechor, de “buen padre de la humanidad”, de bienhechor que está convencido de ser únicamente él el que quiere y sabe cuál es el bien de los demás. “Los reyes de las naciones las tiranizan como señores absolutos, y los que ejercen el poder sobre ellas se hacen llamar Bienhechores; pero no así vosotros, sino que el mayor entre vosotros sea como el más joven y el que gobierna como el que sirve” (Lc 22,25-26), dice Jesús para contradecir severamente a la ambición de dominio que divide a sus discípulos.

La autoridad de Cristo, la que el abad está llamado a ejercer, debe siempre contrastar las tiranías, pequeñas o grandes, que destruyen la comunión fraterna y que impiden a la comunidad el progresar.

En cada comunidad sería necesario poder ayudar a examinarse, para tomar conciencia si a través de la propia actitud, las propias ideas, los propios proyectos, las propias palabras o los propios silencios, o, simplemente, a través de la cara que se tiene, si a través de todo esto no se está bloqueando la comunión de la comunidad. Porque esta es la tiranía.

El segundo punto que me parece importante de subrayar en la situación actual es la conciencia del peligro de la acedia. Me ha llamado especialmente la atención este año, leyéndolo al comienzo de la Cuaresma, el pasaje del capítulo 48 de la Regla donde se habla de la lectura cuaresmal. San Benito manda con especial autoridad (“*Ante omnia sane deputentur...*”) que uno o dos ancianos recorran el

monasterio durante los tiempos de *lectio* para ver “si no se encuentra algún hermano víctima de la acedía (*frater acediosus*), que está ocioso o se entretiene en charlas inútiles, en lugar de leer, acarreando no solamente daño para sí mismo, sino también distrayendo a los demás” (RB 48,18).

Estos dos hermanos ancianos, con la sensibilidad y mentalidad que tenemos hoy, nos son instintivamente antipáticos. No soportamos a quien controla, quien hace de policía o, peor aún, quien hace de “espía” en la comunidad. Por lo que hoy leemos esta prescripción de la Regla con una sonrisa, como si se tratase del “*Père Fouettard*” que acompaña a Papá Noel... Pero desde que viajo por las comunidades de todo el mundo y constato los peligros muy sofisticados de distracción y disipación que provienen de los medios de comunicación y de información del siglo XXI, por lo que he vuelto a releer estos versículos de la Regla con menos superficialidad. Paradójicamente, la post-modernidad vuelve a hacer actuales ciertas prescripciones de la Regla que creíamos en desuso. En efecto, estos dos hermanos ancianos, en realidad, tienen el papel de “guardianes del alma” de sus hermanos, porque la acedía es una enfermedad del alma, un peligro del alma. Por lo que entendemos que quizá esta imagen tenemos que tomárnosla en serio, quizá no en la forma, sino en cuanto a papel comunitario, y tenemos que tomarla en serio como responsabilidad en nuestras relaciones comunitarias.

Somos “ancianos”, somos “monásticamente maduros”, cuando llevamos con nosotros y compartimos con los demás la preocupación porque nuestros hermanos y hermanas no caigan en la acedía, o se encierren y entierren. ¡Cuántos monjes y monjas, sobre todo jóvenes, pero también después de 10, 20 o más años en el monasterio, se sienten solos en la comunidad, no saben con quién hablar, y buscan en otro lugar, fuera de la comunidad, distracciones que les disipan, y, como dice san Benito, disipan también a los demás. Los superiores y las comunidades están llamados más que nunca a asumir la “guardia” ante este peligro, hoy acentuado por la facilidad de acceso a los medios de... distracción.

Cada comunidad debería preguntarse si es una comunidad que custodia el alma de los hermanos, de las hermanas, de cada hermano o hermana. Y si se da a sí misma los instrumentos, momentos, encuentros, para ejercitar y expresar esta custodia recíproca.

Subrayo estos dos aspectos porque son dos tentaciones graves contra la plenitud humana, en la comunión fraterna y con Dios, que la Iglesia y san Benito quieren favorecer en nosotros. Estas dos tentaciones son como el revés de la medalla de la vida comunitaria y de la vida mística a la que estamos llamados, y muestran que estas dos dimensiones, en el bien y en el mal, están estrechamente unidas e interdependientes.

Toda tiranía es una idolatría y muestra un vacío de adoración al único y verdadero Dios. Y la acedía perjudica la comunión fraterna desde dentro, a partir de un miembro del cuerpo místico comunitario en quien se incubaba una infección que, antes o después, puede transmitirse a todos.

No podemos salvaguardar nuestra vocación a vivir y anunciar una plenitud de humanidad en Cristo cerrando los ojos ante estas dos tentaciones.